

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



Caían grandes copos de nieve. (Pág. 337, col. 1.ª)

SUMARIO.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.

EL POSADERO DE ALDEA, MAESE GANSENDONCK, por E. Conscience.

S. M. LA REINA ESTEFANIA DE PORTUGAL.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

por M. ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

Caían grandes copos de nieve y el viento barria las hojas secas de los barrancos. En aquel momento sonó un golpecito en el cristal y poco después oí salir de una boca trémula el nombre de Alejo.

—Alejo, repitió Irma, si tenéis frío entrad en el coche y nos pararemos un rato; ya cuidará el postillon de los caballos.

El acento de aquella voz querida me hizo estremecer. Si entraba en el coche me exponía á dos peligros; en primer lugar, el de perder de vista á los enanos cuyas acciones espiaba, y lo que era peor quizás, el de ser conocido de la condesa. Luchando con esta alternativa, respondí con un monosílabo torpemente arti-

culado y un ademan dando las gracias. El cristal del coche volvió á levantarse y continuamos nuestro camino.

Durante este brevisimo diálogo los dos enanos se acercaron con rapidez al coche.

El postillon cantaba entre dientes una de esas tonadas que canta en las bodas de las jóvenes de Cracovia la anciana que corta segun costumbre los cabellos de la desposada.

«¿Qué es lo que se mueve en derredor del árbol?—Una culebra.—Madre, mi marido me pega.—Ven, ven, quéjate.—Mi hermano quisiera huir, pero le contienen por todos lados con espadas.»

Mientras el postillon cantaba los dos enanos se miraron con maliciosa sonrisa.

Este canto eslavo es triste y expresa el padecimiento del corazon mas bien que la alegría y los deseos cumplidos, y por esta razon simpatizaba entonces tanto en mi alma la tonada del postillon.

Los primeros fulgores de la aurora boreal empezaron á brillar en el horizonte. Seria imposible explicar la belleza del espectáculo que la naturaleza desplegaba ante mis ojos. Los rostros satánicos de los enanos aparecieron entonces á la luz de la aurora boreal con sus largos cabellos que caían sobre robustos hombros, y por vez primera distinguí sus miembros, aunque cortos atléticos y su mirada oblicua y fria. Siendo esclavos adictos al conde Etzel ¿estarán encargados de llevar á

cabo algun proyecto horrible? pensaba al contemplarlos; ¿seré espectador quizás de algun drama inaudito?

Un temor secreto me hacia estremecer al reflexionar que habian alejado al doctor Herman, el médico de la condesa, que nunca dejaba de acompañarla en sus viajes, y además habia circulado por Viena la noticia de que Irma estaba en cinta...

Mientras cruzaban por mi mente estos pensamientos los dos enanos se acercaron al coche.

—Alejo, me dijo el uno de ellos, ¿por qué no te descubres el rostro? Ayer llovía á torrentes y teníamos orden de ir siempre delante, pero hoy podemos acercarnos al coche. ¿Nos guardas aun rencor?

Yo iba envuelto en mi capote con capucha de pieles y no les respondí una palabra.

—Veo, añadió, que no estás de buen humor, Alejo, pero tenemos que hablar como amigos de negocios importantes. Pareces un zorro colgado en tu asiento. La noche será hoy oscura como boca de lobo y teníamos intencion de darte un aviso interesante.

Esta última frase produjo en mí el efecto del rayo, y eso que el enano la pronunció en voz baja, pero con tono conciso y resuelto.

Por la mañana habíamos de entrar en el país de la república de Cracovia, y como el conde habia mandado que no permitiesen que la condesa ni su hermana se pararan en nin-

guna posada, llevaban sus provisiones dentro del coche en dos cajones.

El uno de los enanos me dijo que los abriera, y como Alejo me había entregado la llave, me fué preciso bajar. Felizmente la noche era oscura. El postillon paró los caballos.

Únicamente la nieve alumbraba el suelo que pisaba. Abrí los cajones por primera vez, porque las dos hermanas estaban provistas de una cesta llena de víveres, é Irma y su hermana no pudieron verme el rostro que cubría casi enteramente la capucha del capote.

Al darlas nuevas provisiones sentí el roce de su vestido y la emanación de su aliento. Calista dormía pacíficamente apoyada en el cuello de cisne de Irma, y la condesa terminaba sin duda alguna oración mental, porque apenas reparó en mi presencia.

—¿Estamos distantes aun de Oswiezk? preguntó Calista despertándose.

No me atreví á responder, porque ni siquiera sabía el camino.

La hermana de Irma repitió la pregunta y la sorprendió mi silencio.

Los enanos y el postillon vaciaban en tanto, sentados juntos en el márgen de un barranco, dos botellas llenas de vino de Hungría que les había dado para que se alejasen del carruaje: esta bebida les parecía sin duda preferible á la sidra y se habían sentado para entregarse con mas comodidad á las delicias del nocturno banquete.

La luna apareció pálida y de color sangriento, ocultándose á intervalos por entre pardas nubes, y lanzando hacia los montes sus tristes resplandores. La condesa cerró el libro de oraciones y me preguntó, como su hermana, si estábamos aun distantes de Oswiezk.

Viendo que los enanos estaban lejos del coche y continuaban llenando el vaso con frecuencia al postillon, confieso que lá voz que había logrado ya agitar las fibras de mi corazón en Viena y en Cronstadt, me inspiró valor para bajar súbitamente la capucha que me encubría.

La condesa lanzó un grito ahogado y exclamó:

—Cielos! no es Alejo!...

IV.

Apliqué el dedo á mis labios para imponerle el silencio.

—¿Quién eres pues? me dijo dominando su terror.

—Un hombre, le respondí, que os ha visto algunas veces, que os ama y quiere salvaros.

—Salvarme! ¿De qué? ¿Corremos acaso algun peligro? añadió acercándose instintivamente á Calista. Hablad... hablad!

—Yo mismo ignoro, señora condesa, los peligros que os amenazan, pero forzoso es que sean ciertos cuando me he resuelto á defenderos aun á costa de mi vida. Terribles peligros os amenazan, señora, así me lo presagian al menos los latidos de mi corazón.

—De vuestro corazón?

—Sí, Irma... porque habreis advertido sin duda...

—Pero ¿cómo os exponeis así sin conocerme? ¡Oh! eso raya en temeridad! Agradezco no obstante vuestro valor, añadió mirándome con ternura. Sois muy jóven... ¿Cómo os llamas?

—Leopoldo de Arveines.

—Un francés! No me asombro pues de que seais valiente. Pero tal vez exagerais, caballero, los peligros del viaje.

—Todo lo temo, al recordar el carácter del conde Etzel, y si no he observado mal...

—En efecto, me acuerdo de haberos visto mas de una vez, caballero, y vuestro rostro quedará desde hoy grabado profundamente en mi corazón. Si muriera antes que mi hermana, Calista se encargará de pagar mi deuda...

—¿Qué deuda, señora? pregunté balbuceando y confuso.

—La de mi gratitud. Vos disfrazado con la librea de un cochero! ¡Oh! no puedo creer aun...

En aquel instante los dos enanos lanzaron

un grito de alegría. Habían encendido fuego y continuaban comiendo, de modo que tenía libertad de hablar con la condesa.

—No permito que continuéis viajando con nosotras, me dijo, y os quedareis en el primer pueblo que encontremos. Pero ¿dónde está ese pueblo? No sé el camino y la noche es muy oscura.

La condesa buscó entonces en una de las bolsas del coche la apuntación de los pueblos que habían de cruzar durante el viaje, pero vió con sorpresa que había desaparecido.

—Vuelve á nevar, dijo Calista mirando por los cristales.

—Si nevase tanto que perdiésemos el camino! añadió Irma.

Una ráfaga de viento apagó entonces el farol que alumbraba el interior del coche, y yo corrí hácia donde estaban los enanos cuyos fuegos extinguían por instantes los torbellinos de nieve; pero al acercarme á ellos el viento separó de mi cabeza la capucha, y oí la voz estridente de uno de los enanos que pronunciaba estas palabras terribles:

—No es Alejo!

Estaba perdido, pues solo llevaba en la mano una de las pistolas del cochero, pero conociendo la inminencia del peligro, tomé en seguida una desesperada resolución y disparé sobre el enano. El tiro no salió y los dos lanzaron un grito agudo y satánico.

—¡Necio! ¿habias llegado á creer que no habíamos descargado esas pistolas? Hemos tomado con tiempo nuestras medidas, y nosotros estamos armados con dos seguras escopetas alemanas. Ha llegado el momento de cumplir las órdenes del conde; estamos á pocos pasos de Oswiezk y de Zator, y este es el punto donde mandó que nos detuviéramos.

—¿Qué quieren decir? pensaba con la frente bañada en sudor mortal. ¿Cuál será su intento?

Nuestro grupo estaba muy distante para que pudieran oírnos Irma y Calista.

—El postillon, añadió Matias, se refugiará en la ciudad inmediata con uno de sus caballos, y dejará los otros dos en el coche. Es un pícaro redomado que tendrá buen cuidado de no decir una palabra, porque sabe que el conde Etzel tiene el brazo muy largo. ¿No es verdad, Ulrico?

El postillon, que estaba medio embriagado, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y miraba en su mano un bolsillo que le había dado Matias.

—Y tú, añadió el enano, subirás al pescante de donde tendremos cuidado que no vuelvas á bajar. Ea pues, á tu puesto ó te disparo la escopeta.

La amenaza del enano no admitía réplica, pero aunque quise correr hácia el coche para avisar á la condesa y á su hermana, se doblaron mis rodillas y caí en la nieve. Los enanos me levantaron y al mismo tiempo me quitaron el sable de que iba armado.

Resonó entonces detrás de mí en medio de las tinieblas el ruido que hacían los miserables al cerrar por la parte exterior los candados del coche.

Irma y su hermana lanzaron un grito de espanto, pero uno de los enanos subió al pescante, se sentó á mi lado y me apuntó al pecho la escopeta.

La condesa había bajado el cristal del coche y oí la respiración anhelosa de las dos pobres mujeres, y recuerdo igualmente el precipitado galope que emprendió el caballo del postillon.

El enano Matias empuñaba las riendas y su compañero Enrique seguía á mi lado amenazándome con la escopeta. El primero descargó cruces latigazos á los caballos para alcanzar al postillon y le dijo en alta voz:

—No olvides lo que te he encargado; espéranos dentro de una hora con dos caballos en las puertas de Zator.

Aquellos espantosos preparativos eran para mí un insondable misterio, el vértigo me cegaba y luchaba inútilmente conmigo mismo como si me hallara en una horrible pesadilla. Así trascurrió una hora de mortal inquietud durante la cual apenas conocí si existía ó soñaba y que debí ser un siglo para la condesa y su hermana.

De pronto apareció la luna entre una nube desgajada y se paró el coche. Enrique, que era el mas robusto de los dos enanos, bajó del pescante despues de haberme atado con fuertes cuerdas y fué á colocarse al lado de Matias.

Vi entonces un espectáculo extraño que mas parecia propio del infierno que del mundo real... Los dos enanos se arrojaron en el suelo boca abajo delante de los caballos, y empezaron á lanzar esos aullidos horribles de que os he hablado antes y por medio de los cuales acostumbran los guardias en Polonia llamar á los lobos que vagan por aquel país hambrientos y feroces.

Los aullidos de los enanos encontraron al momento cien ecos en la desierta llanura, y el horrible clamoreo de las fieras creció, bramó como un largo trueno y llenó el espacio causando espanto. Únicamente me parecia extraño que los dos enanos lanzasen sus aullidos tendidos en el suelo, pues cuando se sale á caza del lobo el que dirige la batida acostumbra á subirse á un árbol ó á ocultarse en un espeso matorral para hacer resonar la llanura ó el bosque con su pérfido aullido. Hallándome privado del uso de mis brazos, que tenia fuertemente atados por la espalda, casi helado de frio y anonadado especialmente al considerar mi inferioridad en una lucha como la que se preparaba, encomendé mi alma al Señor y esperé resignado...

No esperé mucho rato: el rigor de la estación había aumentado la osadía y la ferocidad de los lobos que infestan los montes Kárpato, y no tardaron en bajar de sus madrigueras en gran número despues de haber respondido en un principio uno tras otro y despues tumultuosamente y como una jauría.

Los caballos relinchaban y se encabritaban al oír los aullidos, pero los enanos habían atascado el coche en un barranco y todos sus esfuerzos para sacarlo de allí hubieran sido inútiles. Los gritos de la condesa y de su hermana resonaban en vano en aquella desierta llanura, y como el carruaje estaba herméticamente cerrado por la parte exterior, no les quedaba ningun medio de huir á las desventuradas.

Matias y Enrique se refugiaron prudentemente en un árbol luego que divisaron con sus ojos de linco los puntos negros que formaban á lo lejos los terribles enemigos. ¡Qué espantosa fué para mí aquella escena! Confieso que casi me sentí desfallecer, pero reuniendo al momento todo mi valor, pensé en las pobres que esperaban como yo una muerte horrible, que iban á ser despedazadas por los feroces lobos...

Las fieras avanzaban rápidamente hácia nosotros, y los caballos pateaban con espanto haciendo brotar chispas de las piedras del barranco. ¡Inútiles esfuerzos! unas cadenas de hierro sujetaban á los infelices animales al coche atascado... Los lobos se hallaban ya á corta distancia cuando oí de pronto la voz trémula de la condesa que me decía:

—¿Dónde está vuestro cuchillo?

—Aquí, le respondí indicándole el bolsillo derecho del capote; sacadlo.

Acudí á mi mente una espantosa idea; creí que la condesa me pedía el cuchillo para suicidarse; pero no era este el intento de la desventurada Irma, porque apenas halló mi *kosik*, cuya posesión ignoraban indudablemente los enanos y que felizmente me habían dejado, empezó á cortar con sus delicadas manos la cuerda que me sujetaba.

Cuando tuve libres mis movimientos me levanté velozmente, pero al mismo tiempo Matias descargó contra mí la escopeta. La balá traspasó silbando el capote del cochero con que me abrigaba y fué á caer á lo lejos en la nieve.

Resuelto á morir entre las garras de las fieras ó de un tiro de los enanos, salté del pescante y corrí hácia el árbol donde éstos se habían refugiado. La noche era oscura y me encaramé por el tronco con la agilidad de un gato montés.

—Muere, traidor! gritó con voz ronca Enrique que disparó su escopeta.

El tiro me hirió entonces el brazo izquierdo... El peso de mi cuerpo desgajó una de las

ramas y los dos enanos cayeron á mi lado sobre la nieve.

—Invoqué á Dios, me arrojé sobre Enrique empuñando mi *kosik* y le hundí la hoja en la garganta de la cual brotó un chorro de cálida sangre. Me apoderé entonces de su escopeta, descargué un terrible golpe con la culata en la cabeza á Matías que se lanzaba contra mí, y me apoderé también de su arma.

Esta escena pasó en menos tiempo del que se necesita para contarla, y sin embargo al volverme, me vi ya cara á cara de los lobos...

Cogí entonces el cadáver de Enrique, lo arrojé tan lejos como mis fuerzas me lo permitían y sirvió á las fieras de pasto para saciar el primer ímpetu de su hambre devoradora.

Matías no había muerto, el golpe no había hecho más que atontarle y se levantó furioso, pero le maté descargándole otro golpe con la escopeta en el momento que desplegaba una cuerda para tenderme un lazo. El cadáver de aquel miserable fué á reunirse con el de su compañero en el fondo del barranco.

En tan espantoso conflicto no me desanimé ni vacilé, sino que desatando uno de los caballos, lo abandoné al furor de los hambrientos lobos, los cuales se arrojaron sobre él lanzando horribles aullidos y lo despedazaron en un instante. Monté en seguida en el otro, y disparé la escopeta de Matías contra un lobo que me había abierto una ancha herida en la pierna.

Saqué del atascadero el coche y seguí el camino con el único caballo que nos quedaba, dejando por huellas un largo reguero de sangre, pero aguijoneando con el *kosik* al caballo cuyas fuerzas aumentaba el miedo.

Nos hallábamos entonces á corta distancia de la ciudad de Oswiezk.

Perdía en tanto mucha sangre por la herida, el caballo cojeaba, y los lobos, mas voraces y ágiles después de haberse hartado con tan espantosa carnicería, nos seguían aullando desde lejos.

En tan doloroso trance paré un momento el coche y dije á la condesa:

—Señora, ya veis que no nos queda esperanza alguna de salvarnos; dentro de pocos instantes seremos devorados por las fieras si Dios no acude en nuestro auxilio. Estoy pronto á sacrificarme retrocediendo y saliendo aunque sea á pié al encuentro de los lobos, armado de este cuchillo. Estoy seguro de que pereceré, pero en tanto que los feroces animales estén luchando conmigo y devorando mi cadáver, podéis quizás salvaros. Este caballo pertenece á la posta de Zator y llegará á la ciudad dejándole la rienda suelta... ¿Aceptáis, señora, mi oferta?

Pronunció estas palabras con tal acento de desesperación que, como el llanto ahogaba la voz de la que me respondía, solo pude oír:

—No, no... con vos! pero sin vos... no!

Oyóse al mismo tiempo cerca de nosotros el galope de varios caballos. Era Ulrico el postillon que, según le habían encargado los enanos, venía con dos caballos y una escolta de aldeanos armados de hoces y escopetas con cuyo auxilio podíamos llegar hasta las puertas de Zator.

La persecucion de los lobos cesó al ver á nuestros salvadores y algunos tiros bastaron para dispersarlos. Ulrico me recibió en sus brazos desmayado. Estaba pálido y frío como un cadáver, y parecía que la mano de la muerte había cerrado para siempre mis cardenos labios.

Cuando recobré el sentido me hallé en una quinta de siervos que rodeaban solícitos mi lecho, y al abrir los ojos se me aparecieron dos rostros angelicales, el de Irma y el de su hermana Calista. ¡Ah!... apenas oía su dulce voz, y apenas sentía las manos delicadas de la condesa que enjugaba la escarcha cuyos témpanos helados cubrían mi cuello y contenía la sangre medio congelada de mi herida.

Creí que mis fuerzas no me permitirían vivir tan solo un día, mas hallándome al lado de Irma á quien había salvado ¿qué temor podía inspirarme ya la muerte? Viví sin embargo, aunque luché durante una semana con la calentura y el delirio.

Cuando recobré el conocimiento y la salud, la condesa no estaba ya velando á mi cabece-

ra, sino únicamente Calista, la bondadosa y tierna Calista que había sondeado en mí la profundidad incurable de otra herida,—el amor!

Calista me dijo entonces que la condesa Etzel acababa de refugiarse en el convento de Santo Tomás y que se había puesto bajo la protección inmediata del Estaroste.

Para colmo de dolor, recibí una carta fechada en Viena en la cual me anunciaban la enfermedad de mi madre, y no podía escusarme de regresar á Francia.

Antes de partir vi á Calista y la supliqué que me permitiera hablar con Irma.

—Me ha encargado que os entregara esto, me contestó dándome un anillo, el que llevo todavía.

Calista me hizo prometer que lo llevaría mientras viviera.

—Ya veis, añadió, que ese regalo es un legado, el de una muerta...

Cuando llegué á Viena, el tema favorito de las conversaciones de la alta sociedad era la muerte trágica de la condesa, y hasta me aseguraron que se habían celebrado sus exequias en el convento principal de Cracovia.

El conde Etzel estaba ausente y todos le creían en Suecia.

—Tal es, señor, añadió tristemente Leopoldo, la verdadera narración de mis aventuras y de las de Irma, aventuras que lanzaron en mi alma, joven aun, las semillas de un odio implacable contra su tirano y me prescribieron como un deber tristely sombrío el recuerdo indeleble de aquella desventurada.

Dos años han trascurrido desde aquel fatal acontecimiento, dos años que en nada han entibiado mi amor hacia Irma ni el odio que me inspira el conde. Pero el cielo es justo, y tarde ó temprano, ya que no á la condesa, encontré á su esposo. Las nieves y los eriales del camino no hablan ni se vuelven á abrir los sepulcros; mas la mano de Dios está pendiente sobre la cabeza del culpable y le alcanza su justicia!

Leopoldo de Arveines callaba y tenía aun fijos sus ojos en el retrato de Irma... El desdichado joven había visto trocarse instantáneamente en una sombría y dolorosa fatalidad la felicidad de un primer amor, goce celeste que purifica y anima.

Estanislao le contemplaba con la compasión llena de ternura que únicamente siente un padre por el hijo que ama, y el monarca aventurero se avergonzaba casi de sí propio al comparar su valor con el del joven.

—Leopoldo, le dijo despues de estrecharle la mano, ¿y si os hubieran engañado?

—¿Engañado?

—¿Y si la condesa viviera?

Retratóse repentinamente en la frente de Leopoldo de Arveines el júbilo que embriagaba su alma; palideció despues, se tambaleó como un ebrio y exclamó con dolor:

—Imposible!

—Leed pues esta carta, añadió Estanislao presentándole la que se había encontrado entre los pañales de Bebé; está firmada por el doctor Herman. ¿Me prometéis guardar el secreto de este misterio tenebroso?

—Os lo juro, respondió Leopoldo leyendo rápidamente la carta y dándosela á Estanislao con un ademán de angustia y espanto.

Despues de algunos instantes de silencio la esperanza venció poco á poco la impresion dolorosa de Arveines, el cual exclamó con voz lenta y sombría:

—Dios tan solo nos explicará este misterio!

V.

Trece años despues el castillo de Buen Socorro, situado cerca de Luneville, era teatro de una escena de la cual era el héroe Bebé y cuyos grotescos detalles únicamente hubiera podido delinear el festivo pincel de Hoggart. Bebé acababa de cumplir quince años, y era esbulto, lindo y bien proporcionado, circunstancias que no se encuentran en ningun enano. Había llegado á formar las delicias de la marquesa de Boufflers y á aprovecharse de las lecciones del abate Porquet, de modo que el rey Estanislao estaba muy satisfecho de él y

había resuelto casarle para recompensar dignamente sus servicios.

Se había mandado traer con este objeto una mujer expresamente formada para Bebé, una enana polaca á quien llamaban Vanda. Esta diminuta niña, que se parecía á una muñeca, estaba entonces sentada á los piés de la señora de Boufflers en un taburete de terciopelo encarnado y jugaba con un enorme perro de los Pirineos que el señor de Solignac había regalado al monarca.

La enana ostentaba un peinado colosal adornado de cintas y encajes, y llevaba además sobre el pecho un inmenso ramillete de flores de azahar que ocultaba una gran parte de su cuerpo, un vestido de colores chillones cual se usaban en tiempo de madama Maintenon y un adorno de encaje rizado que le llegaba hasta sus moletudos y sonrosados carrillos.

El caballero de Boufflers se divertía en poner en su rostro algunos lunares, y la marquesa la hacia admirar los saltos y muecas de su mono favorito llamado Palamades.

En frente de la marquesa se veía el rey, y detrás de la silla de S. M. una hermosa joven de Nancy á la cual dirigía de vez en cuando Boufflers una tierna mirada mientras continuaba el tocado de Vanda.

Aquella reunión pacífica esperaba al parecer con impaciencia desde las diez de la mañana en el salon del castillo de Buen Socorro la llegada del personaje que era objeto de tan grave ceremonia, pero Bebé no se presentaba. Acababan de llegar sin embargo algunos convidados, y un paje entró y anunció que estaba preparada la comida.

Cuando todos estaban sentados á la mesa y cuando menos se esperaba, se vió estremecerse de pronto un enorme ramillete que cayó hecho pedazos como las murallas de Jericó, y salió de entre los escombros Bebé vestido á la turca y con un turbante adornado de perlas, un corvo alfanje pendiente de su cintura y una chaqueta ricamente bordada que hacia resaltar la elegancia de su talle.

No era aquella la primera vez que Bebé se presentaba en la mesa del rey con aparato teatral, pero la señora de Boufflers advirtió que tenía los ojos encendidos.

—¿Quién ha hecho llorar al enano del rey? pensó la marquesa. Ayer me prometió que estaria muy alegre. Frustróse ya el programa de la fiesta, y sin embargo sabe Dios los huéspedes que me anuncia el correo de ayer. ¿No ha de recibir el castillo de Buen Socorro ilustres convidados? Está visto, es preciso alegrar á Bebé.

Y la marquesa pasó su mano por los cabellos del enano acariciándole como á un galito con esa amabilidad seductora cuyo secreto poseen únicamente las mujeres.

—Fuera un chasco, monseñor, dijo en voz baja al obispo de Nancy que era uno de los convidados, que Bebé no estuviera contento del partido que le proponemos! Acercaos, Vanda, añadió tomando la mano de la enana, y decid alguna palabra amable á vuestro esposo. Es un turco, pero turco modelo, constante, fino y rendido, y os hemos elegido para que conquistéis y poseáis su corazón. ¿Qué es eso? ¿os ruborizais? Vamos, recordad que le hemos eximido de llevar el talle adornado de cascabeles y su traje de bufon, que es el adorno ordinario de los enanos y los locos: divertid á este magnánimo Soliman y cantadnos una de esas baladas con que alegrabais á vuestra antigua señora la condesa Francisca Krá-zinska.

Vanda obedeció; abrió una boca provista de dientes blanquíssimos y cantó con voz ronca y desagradable una triste balada.

Pero Bebé no escuchaba, pues su atencion se hallaba entonces fija en la joven y rubia Alina, de quien tampoco podia apartar los ojos el caballero de Boufflers.

Alina tenía catorce años, y aunque la novela del amable caballero haya hecho de ella un personaje ideal, una hada de fantasía, yo que la ví puedo aseguráros que la ficcion de Boufflers no era una imágen vana, y que Alina existía, con la única diferencia de que no fué lechera ni reina. Nancy la vió nacer y nunca subió al trono de Golconda. Era tan hermosa como nos la ha retratado el autor de



ATAQUE DEL PUEBLO DE SOLFERINO POR LAS DIVISIONES DAZAINE Y LADMIRAUT (A LAS 7 DE LA MAÑANA DEL 24 JUNIO DE 1859).

Alina con sus ojos azules y animados, su cuello de cisne, sus mejillas rosadas, sus cabellos de oro, sus manos delicadas y su esbelto talle que anunciaban un origen distinguido, y sin embargo, Alina era dama de honor de la marquesa.

Alina no conocía á sus padres y había sido llamada al palacio de Estanislao, dos meses hacia, cuando la pobre niña acababa de salir del convento. Al caballero le pareció encantadora y Alina hubiera amado por su parte al caballero á no ser por una razón poderosa en semejantes casos; porque amaba á otro. Si; una de esas simpatías inquietas y tiernas, lazo inflexible y suave de los que padecen, la unía con el pensamiento á Leopoldo de Arveines. Leopoldo tenía mas edad que ella, pero se advertía en su trato, en su voz y en su mirada un atractivo progresivo é irresistible, y Alina que sabía lo que era el dolor, se conmovió con la tristeza del noble jóven.

Hacia trece años que la vida que llevaba Leopoldo en el castillo de Luneville era en efecto una verdadera vida monástica. En aquella corte del rey de Polonia, donde reinaba una mezcla de filosofía y devoción y se recibía á la vez á Maupertuis, al cardenal de Choiseul y á Voltaire, Leopoldo de Arveines parecía complacerse en formarse un mundo aparte, y rehusaba todo contacto con los señores que rodeaban á Estanislao.

En vano la marquesa se propuso repetidas veces penetrar el secreto de su aislamiento, y escribió al baron que su hijo era al parecer víctima de una pasión incurable, pues el padre de Arveines, persona rígida en todo, se había encerrado en el mas profundo silencio y ni siquiera había ido á visitar en Luneville al que se obstinaba en llamar un insensato.

Únicamente Estanislao sabía calmar ó desviar los accesos de su melancolía cuyo secreto poseía, y continuaba abrigando la esperanza de que sus despachos dirigidos á la corte de Francia, sus pasos y constantes investigaciones le revelarían por fin la suerte de la condesa Etzel.

Algunas veces el anciano monarca, — Estanislao era entonces el rey de mas edad de Europa, — se entregaba á merced de ilusiones y esperanzas infantiles cuando recibía cartas de su querida hija, pues confiaba que ellas le revelarían el sitio donde se ocultaba la noble y desgraciada Irma. ¿Había vuelto á caer en poder de su es-

ustrada su venganza como víctima inocente. La existencia de Irma estaba marcada por el sello de una obstinada fatalidad, y el corazón del rey se acongojaba al pensar que Leopoldo de Arveines estaba destinado á una existencia oscura y desgraciada.

De un mes á aquella parte especialmente Leopoldo parecía anonadado bajo el peso de tan prolongado sacrificio y presa de verdadero delirio siempre que su mirada encontraba la de Bébé. ¿Qué misterio inexplicable para todos unía al enano con el capitán de guardias del rey de Polonia? (Leopoldo había llegado á este empleo elevado en la corte de Luneville.) Únicamente los dos lo sabían y ambos habían jurado tal vez no revelarlo á nadie.

Pero volvamos á hablar de la ceremonia.

Leopoldo entró en el comedor en el momento que el desdichado Bébé daba la mano á Vanda mientras se esforzaba en contener los sollozos que le ahogaban y tenía sus ojos bañados en lágrimas fijos en los de Alina que se ruborizó al entrar el capitán de guardias.

—Leopoldo! exclamó el enano desprendiendo súbitamente su mano de la de Vanda para empapar en lágrimas las de su protector.

Los convidados se miraron con asombro; Vanda palideció bajo su gorguera de encaje, y la marquesa de Boufflers se mordió los labios porque le causaba despecho la muda resistencia de Bébé al considerar que el caballero su hijo solo tenía un juguete y que el matrimonio de los enanos duplicaría su diversion.

—¿Sabeis, dijo al enano que permanecía asido á Leopoldo como implorando su apoyo, que os exponéis á cenar esta noche con mis lacayos?

Esta amenaza convirtió en color rojo subido la mortal palidez de Bébé, que arrojando un suspiro ahogado y profundo, prorumpió en amargo llanto.

—Tratais con mucha dureza á un niño, señora, dijo Leopoldo; Bébé no es un negro del Cabo ó de Martinica.

—Y yo os advierto, señor de Arveines, respondió la marquesa, que sois muy osado al sostener la rebelion de un criado, porque sabeis que Bébé lo es mio.

—Me consta, señora marquesa, que sois muy humana... muy filósofa sobre todo,—y Leopoldo acentuó esta palabra que penetraba como una saeta en el corazón de la señora de Boufflers— para inspirar á vuestro hijo tal menosprecio hácia una débil criatura... Si he tomado con excesivo empeño su defensa, pido perdon á S. M. y á vos...

Leopoldo calló, pero brilló entonces una lágrima en sus ojos. Estanislao, á quien esta escena causaba un visible pesar, hacia ver que jugueteaba con las lanas de un magnifico perro que gozaba el privilegio de estar siempre á su lado. En medio de su turbacion é impulsado quizás por un sentimiento de lástima, el enano había vuelto á tomar la mano de Vanda y la dirigía palabras afectuosas.

—Señor de Arveines, añadió secamente la señora de Boufflers, creo que obrarais mejor no defendiendo en adelante á vuestros protegidos, y que podiais ocuparos en negocios mas importantes que este ridiculo casamiento. Tomad este despacho, caballero, y entregádselo al rey como teneis obligacion como capitán de sus guardias.

Todos los convidados se levantaron de la mesa, y el rey mandó á Leopoldo con un ademán que le siguiése á su gabinete.

—¿Sabeis, querido Leopoldo, le dijo cuando estuvieron solos, que os perjudica el hacer

la guerra á la marquesa? Pero ¿qué despacho es ese? Mi vista está muy débil: abridlo como acostumbrais hacerlo.

—Señor, es una carta de nuestra augusta princesa, de vuestra hija la reina de Francia.

—En ese caso, dádmela para besarla. ¿Será cierto? de la reina! de la reina!

Y el anciano tomó la carta de María Leczinska y se la llevó á los labios con mano trémula.

Aquella carta le anunciaba la próxima llegada de su querida hija y de las princesas reales. La alegría y la dicha ahogaban casi á Estanislao, que se vió precisado á sentarse en un sillón y lloró apoyando su calva frente en las arrugadas manos.

—Viene! viene! continuó levantándose; ¡oh! querido Leopoldo, quisiera tener veinte años menos para recibirla! Enviará sin duda la lista de las personas que ha elegido para acompañarla... Leed... leed!



S. M. LA REINA ESTEFANIA DE PORTUGAL.

Leopoldo recorrió la lista con ávida mirada, y al leer cada nombre de mujer le latía con vehemencia el corazón. La condesa Etzel era polaca: ¿quién sabe si la reina la traía en su comitiva? Pero ¿vivía Irma aun? Volvió á leer todos los nombres, pero no se hallaba entre ellos el de Irma, el que hubiera querido ver escrito con caracteres de fuego, y entregó abatido la carta á Estanislao.

—Leopoldo, dijo el rey despues de un breve silencio y observando la palidez de su capitán, hace un mes que no me hablais de la condesa.

—Sí, hace un mes, respondió con acento sombrío.

—¿Por qué?

—Porque hace un mes... Pero no me lo preguntéis... es un secreto, señor... prosiguió Leopoldo cuyas facciones se alteraron... Tened compasion de vuestro criado, añadió al momento arrojándose á las plantas del monarca.

—Levantaos, Leopoldo; nunca os he visto así... ¿Habeis penetrado por fin el secreto fatal? ¿sabeis á qué infernal casualidad debe la existencia el que defendiais hace poco con tanto ardor?

—Lo sé, respondió Leopoldo con voz ahogada.

—Hablad pues, hablad! dijo el anciano besando á Leopoldo en la frente; todo lo que concierne á la condesa Etzel me interesa sobremanera.

—Pero no me maldecireis, no me arrojareis de la corte si os digo...

—Leopoldo, lo que digais á Estanislao solo lo sabrá el rey, aunque deba castigar...

—Pues bien, sí... sí, os lo diré todo... os diré... balbuceó Leopoldo llorando. Pero acordaos antes, señor, del billete que se encontró entre los pañales de Bébé y que os entregaron hace trece años. ¿Lo teneis aun allí?

Y Leopoldo indicaba al rey un cajon del escritorio delante del cual estaba entonces sentado Estanislao. El principe lo abrió y sacó el billete.

—Aquí está, le dijo; conoceis como yo la letra, Leopoldo; es del doctor Herman.

—Permitidme, señor, que vuelva á leerlo. Suceda lo que suceda, sois mi juez, y vuestra mirada penetrará la verdad. Hé aquí lo que dice este billete escrito en polaco:

« Señor :

« Uno de vuestros mas fieles súbditos, que acompaña á Francia á la condesa Etzel y á su hermana, siente en extremo no poder detenerse en el palacio de su principe para confiarle este niño que acaba de nacer en la frontera de sus Estados.

« No puedo deciros mas; este secreto no me pertenece. Algun día tal vez... Entre tanto dignaos velar por los dias de este niño...

Firmado: el doctor HERMAN.»

—Y el sobre, escrito en el mismo idioma, dice: *Al rey Estanislao, en Luneville...* Sabeis que las buenas gentes que recibieron este billete escrito en lengua extranjera y recogieron al niño por gustarles su gracia y hermosura, ignoraban el valor de esta carta dirigida á su soberano, y la guardaron hasta el dia que vos mismo la descubristeis.

— Es cierto.

—Sabeis tambien que, sin poderos explicar la causa de semejante abandono, supusimos desde luego que pertenecía sin duda á alguna de las criadas de la condesa ó de su hermana... El doctor Herman encomendaba á

vuestra generosa compasion un sér que era quizás fruto de una falta, ó habiéndole proporcionado la ciencia la ocasion de descubrir en la conformacion del miserable niño los indicios de una naturaleza mezquina, bastarda y deprimida, era muy sencillo el que reclamase los tiernos sentimientos de vuestro corazón. Debo confesaros que lo que mas me llamó la atencion en esta historia, no fué el aspecto de un sér tan extraño, sino la certeza de que vivía la condesa, por cuya razon sentí la mas pura alegría al concebir la esperanza de que tal vez iba á tener pronto la dicha de verla.

Mi vida recobraba la tranquilidad al reflexionar que Irma, la mujer que había salvado, no yacia en el sepulcro. Pero ¿qué nueva y dura necesidad la había impedido el detenerse en Luneville ó en Nancy? ¿qué soplo tirano la había arrancado del suelo que pisamos cuando ella y su hermana se hallaban tan cerca de nosotros? Me decia entonces,

respondiendo á mis propias objeciones, que si la condesa hubiera sabido que Leopoldo vivía al lado del rey de Polonia, indudablemente hubiese retrocedido al recordar al que la había protegido con su cuerpo contra la ferocidad sangrienta de los lobos. Y me la figuraba con delicia apareciendo como una hada en esta corte, arrojarse en vuestros brazos, señor, y ser recibida y obsequiada como sobrina del anciano Krazinski.

No, me decía entonces á mí mismo, no; si ella ha pasado adelante es porque confiaba hallar en otra parte la huella de mi vida y de mis pasos, porque creía verme en la corte de Francia de donde me alejan la severidad de mi padre y las bondades del rey de Polonia. Y olvidaba en mis meditaciones al miserable niño recogido por vos y que mas que simpatía me inspiraba repugnancia.

—Concibo todo lo que decís, respondió Estanislao, pero no entiendo aun...

—Entonces, añadió Leopoldo, escribisteis á Francia, á Versailles, á Meudon, á Marly, á todas las ciudades donde estaba la corte, y sin embargo no conseguíais el menor indicio. No alcanzaron tampoco mejor éxito los pasos que di, y resolví entonces escribir al doctor Herman. Pero ¡ah! ya no existía. Obligado á ceder á mi dolor, dediqué desde entonces todo mi cariño y mi ternura al desventurado sér que os recomendaba el médico de la condesa, y en vez de rechazarlo duramente, me inspiró de pronto su miseria una compasión instintiva. Estaba muy distante en efecto de parecerse á los dos repugnantes enanos cuyo recuerdo se enlazaba de un modo tan funesto con el de la infortunada condesa. La vez primera que le hablé lloraba; estaba acurrucado debajo de mi clave y el espanto casi salvaje que le causaban las notas del instrumento se trocó al momento en él en una estática melancolía. Desde aquel instante recobró la salud y la alegría, un mundo nuevo, el de la inteligencia sin duda, se abrió para el pobre enano, agitaban su pecho suspiros ardientes y profundos, y parecía que temblaba al sentirse tan débil ante el camino que Dios le hacia entrever en su porvenir. Durante el día se doblegaba á todas las exigencias y caprichos de vuestra corte, pero por la noche venía á encontrarme y le enseñaba las ciencias, la geografía y la música. Bebé no tenía mejor amigo que yo ni había un esclavo mas inteligente y suntuoso que el enano para conmigo. Si tenía que llevar alguna orden á la ciudad, montar á caballo ó mandar á los guardias, Bebé venía habitualmente á mi lado, con la única diferencia que el caballo del enano era una cabra sobre la cual iba mas orgulloso que el mariscal de Sajonia en Fontenoy. Pero es tal la índole del corazón humano y tan triste el privilegio del progreso intelectual, que pronto se entristeció tanto que tuve que cesar de darle mis lecciones.

El señor de Arveines calló y quedó sumido en honda meditación.

(Se continuará.)

EL POSADERO DE ALDEA,

MAESE GANSENDONCK.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

IX.

Quando un asno se encuentra en terreno firme, no sosiega hasta que se aventura en el hielo, donde se rompe la pierna.

Apenas maese Gansendonck hubo acabado de comer, siguiendo el consejo de su criado, se puso en camino para ir á interrogar al baron sobre sus proyectos. No queriendo pasar por frente la herrería, salió por la puerta trasera de la posada, y tomó un sendero que debía conducirle, á través de bosquecillos de abetos y campos desiertos, al pabellon de caza del señor Van Bruinkasteel.

La fisonomía de maese Gansendonck no expresaba por cierto la tristeza, á pesar de que desde por la mañana su hija se hallaba en cama con una fiebre violenta; muy al contrario, resplandecía en su rostro la mas viva satisfacción, sonriendo de vez en cuando con una sonrisa tan expansiva y triunfal, como si estuviese regocijándose de haber ganado una victoria. En la movilidad de sus facciones y en las expresiones diversas que se sucedían en ellas, se podía muy bien conocer, que se mecía en ideas agradables, y se abandonaba con complacencia al curso de las esperanzas y las ilusiones. Hacía ya rato que murmuraba entre sí, y algunos ademanes denotaban la preocupación de su alma. Pero poco á poco las seductoras meditaciones á las cuales se había entregado le llevaron tan adelante que su voz fué elevándose poco á poco hasta exclamar con acento inteligible:

—¡Ah! todos se unen contra mí, creyendo que me detendré ante su estúpida gritería! Maese Gansendonck sabrá mostrar lo que es y lo que puede! Otro diría: valen mas amigos que enemigos; pero yo digo: vale mas ser envidiado que compadecido, y aquel que cuenta con demasiados amigos es juguete de todo el mundo. ¿El baron no se casará con Lisa?... Y hoy mismo ha mandado dos veces su criado á saber de mi salud! Cuanto mas reflexiono en ello, menos dudas tengo. ¿No me ha dicho él mismo, que Lisa es demasiado buena é instruida para esposa de un rústico cervicero? ¿No ha añadido: ella logrará casarse mejor y hará feliz á alguien que sabrá comprenderla? Me parece que esto es bastante claro. Estos insolentes lugareños creen que un baron es como ellos, que dicen llanamente: María, ¿quieres casarte conmigo? No es así como procede un baron. ¡Ah! el señor Van Bruinkasteel rehusaría casarse con Lisa? Apuesto cinco mojaditas de tierra que me abraza cuando yo abra la boca. El señor Van Bruinkasteel no se casará con Lisa? No casarse con ella! Como si yo no hubiese notado el motivo porque me manifestaba tanta amistad, y me lisonjeaba de un modo que todo el mundo podía advertirlo. Era de verlo! Señor Gansendonck por aquí, señor Gansendonck por allá; hoy mandaba una liebre, mañana él mismo traía una perdiz. Y á Lisa no le gusta la volateria... Luego era á mí á quien quería tener contento. ¿Por qué? De seguro que no es por mis buenos ojos. No, no, él quería preparar el camino para dar el gran paso. Yo se lo facilitaré, y no quedará poco satisfecho...

Maese Gansendonck se restregó las manos con gozosa satisfacción y callóse algunos instantes para mejor saborear sin duda la dulzura de las seductoras convicciones en las cuales descansaba. Un poco mas lejos echó á reír de repente y repuso:

—¡Ah! ¡ah! me parece estar viendo á todos los de la aldea con una nariz tamaña. Hé aquí al baron que va dando el brazo á Lisa; los dos llevan tan hermosos trajes que los labriegos se ven en la necesidad de cerrar sus ojos deslumbrados; cuatro criados con libreas y galones de oro y plata en el sombrero les siguen; viene en seguida el coche tirado por cuatro caballos; yo, Pedro Gansendonck, marcho al lado del señor Van Bruinkasteel, con la cabeza alta, y desafiando con los ojos á esas lenguas viperinas y envidiosas; como suegro de un baron puedo y debo mirar con desden á esa estúpida canalla de lugareños. Ya estamos en la iglesia; allí los tapices y almohadones; siembran flores á nuestro paso; los cristales tiemblan á la voz del órgano; se pronuncia el sí ante el altar... y Lisa parte en posta con su marido, atravesando la aldea, en direccion á París, de un modo tal que las piedras despiden chispas... Al otro día veinte campesinos al menos no pueden levantarse de la cama, enfermos de despecho y de envidia. Entretanto vendo ó alquilo la posada, y cuando vuelven mi yerno y mi hija, parto con ellos al castillo. Maese Gansendonck, es decir, el señor Gansendonck ha llegado al fin de su jornada; ahora solo se ocupa en dar órdenes, comer, cazar, montar á caballo... Pero pensando en todas estas cosas para mí tan placenteras, por poco me aplasto las narices en la puerta del pabellon...

Alina con sus ojos azules

—Así diciendo tiró animados, su cuello de nilla: mejillas rosa.

Al cabo de un rato, un criado abrió la puerta.

—¡Ah! buenos dias, maese Pedro, sin duda venís á visitar al señor baron?

—En efecto, buen mozo, respondió Gansendonck con aire altanero.

—No está en casa.

—¿Cómo! ¿no está en casa?

—Es decir no está visible.

—¿No está visible para mí? Estaríamos frescos! Tal vez se halla indispuerto?

—No, pero no quiere recibir á nadie; ya podeis figuraros por qué. Un ojo amoratado y el rostro lleno de arañazos...

—Esto no importa. No tiene necesidad de ocultar su cara por mí; tengo con el señor baron tanta familiaridad que podría hablarle aun cuando estuviese en cama... Entro, par diez, su prohibicion no me atañe.

—Entrad pues! dijo el criado dejando escapar una maligna sonrisa; seguidme; anunciaré vuestra visita.

—No hay necesidad, murmuró maese Pedro; entre nosotros los cumplimientos están de mas.

Peró el criado le condujo á una pequeña antesala y le obligó, á pesar de su resistencia, á sentarse para aguardar la contestacion del baron.

Habia pasado mas de media hora y el criado no volvía. Maese Pedro empezó á fastidiarse terriblemente, y murmuró aparte:

—Este criado ha pretendido burlarse de mí! Está bien; ya le anotaré en mi librito de memorias. Por cierto que no ha de encanecer en nuestro servicio: ya puede empezar á largarse; esto le enseñará. Pero hace rato que estoy escuchando y no oigo mover una paja en el pabellon. ¿El criado se habrá olvidado que estoy aguardando aquí? No; no se atrevería á llevar tan léjos su imprudencia. De todos modos, no puedo quedar aquí sentado hasta mañana. Vaya, voy á ver un poco... ¡Ah! ya oigo al bribon, reir! ¿De qué puede reir?

—Maese Gansendonck, dijo el criado, hacedme el favor de seguir; el señor baron tiene la bondad de recibirnos, pero no sin dificultad. Sin mi intervencion os hubierais vuelto á casa tal como habeis venido.

—Hola, hola, ¿qué estás disparando, insolente? exclamó maese Pedro con cólera, sabe á quien hablas: yo soy el señor Gansendonck.

—Y yo soy Jacobo Miermans, para servirlos, respondió el criado bufon con sangre fria.

—Ya te encontraré, bribon, dijo maese Pedro subiendo la escalera, y sabrás lo que te costará haberme hecho esperar media hora en este gabinete. Puedes empezar á hacer tu lío que no te burlarás mucho mas tiempo de personas como yo.

El criado, sin contestar á esta amenaza, abrió la puerta de un salon y anunció en alta voz:

—¡El posadero de San Sebastian! despues de lo cual dejó allí á maese Gansendonck irritado y volvió á bajar rápidamente la escalera.

El señor Van Bruinkasteel estaba sentado en el fondo del salon, con el codo apoyado en una mesa. Su ojo izquierdo se hallaba cubierto de una venda; en su frente y mejillas se notaban las señales de su lucha con el cervicero.

Peró lo que mas llamó la atencion de maese Gansendonck á su entrada, fué la magnífica bata turca del baron. Los colores vivos y pintarrados de este ropaje le deslumbraron; así es que aun antes de haber saludado al baron exclamó con una sonrisa de admiracion:

—Vive Dios, señor baron; ¡qué hermosa es la bata que llevais!

—Buenos dias, señor Gansendonck, dijo el baron sin atender á su exclamacion; sin duda venís á informarnos de mi salud? Os doy las gracias por vuestra fina atencion.

—No lo tomeis á mal, señor baron; pero antes de saber cómo os hallais, quisiera que me dijeseis dónde os han hecho esta hermosa bata? Verdaderamente me tiene enamorado.

—No me hagais reir, señor Gansendonck, que me duelen las mejillas.

—No es de broma; no, no, hablo formalmente.

—¡Extraña pregunta! He comprado esta ba-
ta en París.

—¡En París! ¡qué lástima, baron!

—¿Por qué?

—Porque de buena gana me mandaría ha-
cer otra igual.

—Ha costado cerca de doscientos francos!

—¡Ah! esto no me importa.

—No os sentaría bien, señor Gansendonck.

—¿No me sentaría bien? Si puedo pagarla
debe irme bien. Pero dejemos esto á un lado.
Francamente, ¿cómo va de salud, señor Bruin-
kasteel?

—Ya lo veis; un ojo amotado y el cuerpo
lleno de contusiones.

—El picaro acaba de ser cogido por los gen-
darmes y llevado á la ciudad. Sin duda le ha-
reis pagar como debe su descarada brutalidad?

—Ciertamente debe ser castigado: me ha
esperado con premeditacion y acometido en
mi propia casa. La ley castiga con rigor estos
actos; sin embargo, no quisiera que se juzgase
esta causa segun la letra de la ley, porque en
este caso seria negocio á lo menos de cinco
años. Su anciana madre ha estado esta mañana
aquí á rogarme y suplicarme: tengo compa-
sion de la pobre mujer...

—¿Compsion! exclamó maese Pedro con
cólera y sorpresa: ¿compsion de esos pica-
ros?

—Si el hijo es un bribon, ¿qué culpa tiene
la desgraciada madre?

—Podía haberle educado mejor. Esa brutal
canalla no recibirá mas que lo que merece.
¿Quién aguantaria á los labriegos, si pudiesen
tratar á personas de nuestra estofa como si
fuésemos sus iguales? No, no, se debe man-
tener el temor, el respeto, la sumision: de-
masiada erguida llevan ya la cabeza. Si me
hallase en lugar vuestro, no me importaria
gastar mi dinero para dar una ruda leccion al
cervecero y á toda la aldea con él.

—Este es negocio mio.

—Sin duda, ya lo sé, baron; cada uno es
dueño de lo que le atañe.

El giro de la conversacion no parecia gustar
al baron, porque volvió la cabeza y quedó
algunos instantes sin decir palabra. Maese Pe-
dro que, por otra parte, no sabia qué mas de-
cir, recorría el aposento con mirada distraida
y se esforzaba en encontrar un medio para
tocar la cuestion del matrimonio de su hija.
Removía los pies, tosia de tiempo en tiempo,
pero su caletre no le suministraba ningun re-
curso.

—¿Y la pobre Lisa? dijo por fin el baron; el
espectáculo del arresto del cervecero ha debi-
do causarle una terrible emocion. Fácilmente
lo concibo: le ama desde la infancia!

Maese Pedro pareció despertar bruscamen-
te luego que oyó que el baron pronunciaba
el nombre de Lisa. Hé aquí, pensó, como se
me facilita el camino. Para dirigirse desde
luego á su objeto, respondió sonriendo:

—¿Creéis, baron, que ella le ama? No, no,
fué solamente pasatiempo; pero aun esto ha
concluido hace mucho tiempo; pues dije *bas-
ta*, y despedí al cervecero. Ya lo creo, baron;
ese pesado tonel de cerveza se hubiera casado
con Lisa de mil amores!

—Hay otros, maese Pedro, que podrian ten-
er el mismo gusto.

Un rayo de alegria brilló en los ojos de
maese Gansendonck: saltó de su asiento y di-
jo con una risa que tenía la pretension de ser
maliciosa:

—¡Ah! ¡ah! ya yo lo sabia desde mucho
tiempo! el hombre de talento colige donde está
la vaca desde el punto que le ve el rabo.

—La comparacion es hermosa.

—¿No es esto? También hace mucho tiempo
que nosotros vemos claro, baron; pero toma-
mos el toro por las astas, así los rodeos están
de mas entre nosotros.

El baron miró á maese Pedro con una son-
risa que reprimió al momento.

—¿De modo que el señor baron piensa seria-
mente en el matrimonio? preguntó Gansen-
donck con aire de triunfo.

—¿Cómo sabeis esto? es cosa que he oculta-
do hasta á mis amigos.

—Todo lo sé, baron; tengo mas recursos
en mis alforjas de lo que creéis.

—En efecto, debeis ser adivino, ó sois feliz
en vuestras suposiciones; sea como fuere, dais
en el clavo.

—Entonces abreviemos, dijo maese Pedro
restregándose las manos; vaya, haré un sacri-
ficio: doy á mi hija treinta mil francos de do-
te en dinero y bienes raices; á mi muerte ten-
drá otros treinta mil. Venderemos la posada
para no rozarnos mas con esos proseros luga-
reños... é iré á habitar el castillo en compa-
ña vuestra. De este modo tendreis los sesenta
mil francos desde el primer dia.

Diciendo estas palabras, levantóse y tendió
la mano al baron, exclamando:

—Ya veis que por mi parte no pongo obs-
táculos. Vaya, señor Van Bruinkasteel, un es-
trechon por este matrimonio... ¿Por qué reti-
rais la mano?

—¿Por este matrimonio? ¿qué matrimonio?
preguntó el baron.

—Vaya, vaya, estrechad la mano de vues-
tro suegro y dentro quince dias se habrá pu-
blicado la primera proclama... Nada de timi-
dez, baron, que ya no somos niños: la ma-
no! la mano!

El baron prorumpió en una carcajada; la
sorpresa y la ansiedad se pintaron en el ros-
tro de maese Gansendonck.

—¿Por que os reis, señor Van Bruinkasteel?
preguntó corrido, ¿es acaso alegria?

—¡Ah! no por cierto, señor Gansendonck,
exclamó el baron desde el punto en que pudo
contener la risa, ¿habeis perdido el sentido
comun, ó qué es lo que tenéis?

—¿No habeis dicho vos mismo que ibais á
casaros?

—Ciertamente, con una señorita de París.
No es tan bonita como vuestra Lisa; pero es
condesa y lleva un nombre antiguo é ilustre.

Un calofrio hizo estremecer de pies á cabe-
za á maese Gansendonck, pero añadió con fi-
sonomia suplicante:

—Señor baron, hablemos formalmente, si
os parece. Es con mi Lisa con quien quereis
casaros, ¿no es verdad? Ya sé que os gusta
bromear y nada tengo que oponer á ello, si
es que os causa placer; pero pensad bien, bar-
on, que jóvenes como mi Lisa no existen á
docenas; bella como una flor del campo, ins-
truida, bien educada, de una familia respec-
table, treinta mil francos en la mano y otros
tantos á mi muerte! todo esto no es una bi-
coca, y no sé si una condesa ofrece siempre
tantas ventajas. Una buena ocasion desapare-
ce como las cigüeñas en la mar, y Dios sabe
cuando vuelve.

—Pobre Gansendonck, dijo el baron, os
compadezco; ciertamente careceis de los cin-
co sentidos; vuestra cabeza no está bien.

—¿Cómo! ¿cómo! exclamó maese Pedro
con irritacion; pero quiero contenerme, tal
vez es broma. Sin embargo es necesario que
nuestro desacuerdo acabe de una vez. Voy á
proponer la cuestion con toda lisura: señor
Van Bruinkasteel: ¿quereis casaros con mi hi-
ja, sí ó nó? Os suplico que me contesteis clara
y categóricamente.

—Me es tan posible casarme con vuestra
hija, maese, como á vos con el lucero de la
mañana.

—¿Y por qué? exclamó maese Pedro con có-
lera; ¿tendriais á menos enlazaros con nuestra
familia? Los Gansendonck son personas hon-
radas, señor, y tienen muchas y excelentes
haciendas en estos alrededores! Mas breve,
¿os casais con mi hija, sí ó nó?

—Vuestra pregunta es ridicula; sin embar-
go quiero contestarla. Nó, no me casaré con
Lisa, ni hoy, ni mañana, ni nunca! Y dejad-
me en paz con vuestros locos caprichos.

Colorado como un gallo, y temblando de
rabia, de vergüenza y de despecho, maese
Pedro daba violentamente con los pies en el
tapiz, y exclamó:

—¡Ah! mi pregunta es ridicula! yo soy un
loco! vos no quereis casaros con Lisa! Lo ve-
remos. La ley impera para todo el mundo,
así para mi como para un baron. Aunque me
cueste la mitad de mi fortuna, de mi no os
burlareis. Qué! habriais entrado en mi casa á
favor de una multitud de hipócritas artificios,
habriais hecho creer á mi hija un monton de
falsedades, habriais comprometido su buena
fama y os habriais burlado de mí, para luego

decir: Poco me importa, voy á casarme con
una condesa! Barón, esto no es regular, na-
die juega tan ligeramente con maese Gansen-
donck. Despues de lo ocurrido ayer, no po-
deis excusaros, debeis reparar el honor de mi
hija; sí, os haré comparecer ante el tribunal,
y os perseguiré hasta Bruselas. Os casareis con
mi hija! Y si no me dais desde luego vuestro
asentimiento, os prohibo poner mas el pié en
mi casa, ¿entendeis?

Durante este discurso el baron habia estado
contemplando á maese Pedro con una sonrisa
tranquila de compasion y con una gran san-
gre fria, y tan solo, al fin de las palabras de
amenaza, se le coloreó el rostro, indicio se-
guro de que la indignacion y la cólera querian
hacerle salir de su calma.

—Señor Gansendonck, por respeto á mí
mismo, no tiro del cordon de la campanilla
y os mando poner fuera del castillo por mis
criados; pero en verdad tengo compasion de
vuestra demencia. Supuesto que así lo quereis,
voy á contestar de una vez para siempre cla-
ra y distintamente á todo lo que habeis dicho
y podeis decir en lo sucesivo. Habrá en ello
una leccion para vos y otra para mí, que los
dos debemos aprovechar.

—Quiero saber, exclamó maese Pedro, si
os casareis con Lisa, ¿sí ó nó?

—¿Acaso sois sordo que me preguntais tan-
tas veces una misma cosa? Escuchad, señor
Gansendonck, lo que tengo que deciros, y no
me interrumpais; si no, vendrán mis criados á
poner fin á tan ridicula conversacion.

—Ya os escucho, ya os escucho, balbuceó
maese Pedro reclinando los dientes; aunque
hubiese de reventar no despegaré los labios,
con tal que á mi tambien me llegue mi vez.

El baron empezó.

—Me haceis un cargo de haberme introdu-
cido en vuestra casa, y sin embargo vos mis-
mo sabeis bien que me indujisteis á ello, y
que me excitasteis á trabar conocimiento con
vuestra hija. ¿Qué he hecho yo, pues, en vues-
tra casa que no haya sido con vuestro asenti-
miento? Nada. Al contrario, á vos siempre os
parecia que no me familiarizaba lo suficiente
con vuestra hija. Y ahora pretendéis que de-
bo casarme con ella! De modo que era un la-
zo que me tendiais, y al cual queriais atraer-
me con miras ocultas. Juzgad vos mismo si
debo ó no condenar semejantes medios y tan
presuntuosos proyectos. Me acerqué á Lisa
porque me gustaba su trato, y porque un leal
sentimiento de amistad me atraía á su lado.
Si esta amistad, con la cual pensaba honraros,
ha tenido para todos nosotros un triste resul-
tado, esto proviene de que no hemos atendi-
do al refran que dice: cada cual con su cada
cual. Los dos hemos obrado inconsiderada-
mente, y los dos hemos salido igualmente
castigados. Yo me he visto con gran deshonor
mio casi acogotado por un labriego; vos os
habeis convertido en el hazmereir de toda la
aldea, y ahora contemplais hundirse todos
los castillos que habeis fabricado en el aire.
Vale mas arrepentirse tarde que nunca. Con-
fieso que he obrado mal frecuentando fami-
liarmente una posada de aldea y mas en ir y
obrar como si fuese al igual de vuestra hija,
y ahora conozco que si Lisa no hubiese sido na-
turalmente tan virtuosa, mis palabras y mis
maneras hubiesen podido corromper su alma
cándida.

—¿Qué osais decir? exclamó maese Pedro
interrumpiéndole, hablais de mi hija de un
modo deshonesto, seductor!

—Me rio de vuestras locuras, prosiguió el
baron; quiero olvidar, todavia por un instan-
te, quién es el que se atreve á hablarme así...
No he dicho otra cosa á vuestra hija que lo
que se considera en el gran mundo como cum-
plimientos habituales, cosas peculiares á la
lengua francesa, y que quizá hacen poco daño
á las personas acostumbradas á oirlas desde
su infancia, pero que en las clases inferiores
corrompen el corazon y depravan las costum-
bres, porque se las toma por verdaderas, y
excitan las pasiones, como si no fuesen vanos
cumplimientos. En esto he obrado mal; es el
solo crimen ó mas bien el solo error que to-
dos pueden echarme en cara, menos vos
que me habeis hecho decir y hacer mas de lo
que yo quería. Hace poco me habeis amena-



El caballo del enano era una cabra. (Pag. 342, col. 1.ª)

zado con negarme la entrada en vuestra casa; es inútil, tenía ya determinado aprovechar la lección que he recibido, y no solamente no volver á vuestra casa como amigo, sino no portarme con los otros aldeanos de otro modo que el que conviene á mi rango.

—¡Aldeanos! exclamó maese Pedro con impaciencia, yo no soy aldeano! Me llamo Gansendonck. ¿Qué hay de comun entre un aldeano y yo, decid?

—Desgraciadamente para vos, en efecto hay poco, respondió el baron. Vuestra vanidad os ha separado del buen camino; ahora no sois ni carne ni pescado, ni aldeano ni caballero: no encontrareis en toda vuestra vida otra cosa que hostilidad y burla por un lado, desden y compasion por otro. Deberiais daros vergüenza de despreciar tan inconsideradamente vuestra condicion. El aldeano es el hombre mas útil de la tierra, y cuando es probo, bondadoso, y cumple con sus deberes, merece mas que cualquier otro ser querido y apreciado. Pero ¿sabeis quien entrega á los aldeanos á la risa del mundo? Los que como vos se imaginan que se elevan desdenando á sus hermanos; que se figuran que dejan de ser aldeanos desde el punto en que empiezan á hablar de ellos con desprecio, y que basta adornarse con algunas plumas de águila para llegarlo á ser de verdad.

—¿Os he escuchado bastante tiempo? exclamó maese Pedro; ¿creéis, señor baron, que he venido aquí para dejarme arrastrar impunemente por el fango?

—Aun una palabra, añadió el baron. Debo daros un buen consejo, señor Gansendonck. Escribid sobre la puerta de vuestro dormitorio: *Zapatero á tu zapato*. Vestíos como los demás aldeanos, hablad y obrad como la gente de vuestra condicion, buscad á vuestra hija para marido un honrado hijo de un labrador, fumad vuestra pipa y bebed vuestro vaso de cerveza amigablemente con la gente de la aldea, y no os esforcéis por aparentar lo que no sois. Pensad que cuando el asno se cubre con la piel del leon, siempre le quedan las orejas en descubierto, y que no faltará nunca quien colija de vuestras plumas y gorgeos que vuestro padre no fué ningun ruisenor. Y ahora id en paz con esta lección; algun dia me dareis las gracias! ¿Teneis alguna cosa toda-

via que decir? hablad, os escucharé á mi vez.

Maese Pedro se levantó de nuevo de su silla, cruzó los brazos sobre el pecho como un furioso y exclamó:

—¡Ah! ¿creéis engañarme con vuestra fingida moderacion y vuestras monerías? No, no, esto no pasará así; veremos si no hay ley que os obligue, señor baron! Iré á la ciudad á ver á vuestro padre, y á exponerle de qué modo habeis mancillado el honor de mi familia! Y aunque tenga que escribir á la condesa cuyo nombre me ocultais por temor, lo haré; impediré vuestro matrimonio, y á mas os daré á conocer por todo el mundo como falso y traidor.

—¿No teneis mas que añadir? preguntó el baron con mal contenida cólera.

—¿Os casais con Lisa, sí ó nó? vociferó maese Pedro amenazándole con el puño.

El baron tendió el brazo y tiró dos veces violentamente el cordón de la campanilla. Al momento se oyeron pasos precipitados en la escalera. Abrióse la puerta, y aparecieron tres criados en el salon.

—¿El señor baron ha llamado? preguntaron juntos con solicitud.

—Conducid al señor Gansendonck hasta la puerta del castillo! dijo el baron con tanta calma como le fué posible.

—Cómo, me echais de vuestra casa! exclamó maese Pedro con cólera reconcentrada. Me la pagareis, tirano, impostor, seductor...

El baron hizo una seña á los criados, se levantó, y fué por una puerta lateral.

Maese Gansendonck estaba fuera de sí, loco, no sabiendo si debía injuriar ó llorar. Los criados le empujaron suave, pero irresistiblemente hácia la puerta, sin inquietarse por sus imprecaciones.

Antes de saber, pues, con exactitud de qué se trataba, maese Pedro se encontró en el campo, y vió la puerta del pabellon cerrarse tras de él.

(Se continuará.)

S. M. LA REINA ESTEFANÍA DE PORTUGAL

MUERTA EL 16 DE JULIO DE 1859.

Estefanía, Federica, Wilhelmina, Antonia, reina de Portugal, nacida el 15 de julio de 1837, era hija del príncipe Antonio Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, presidente del consejo de ministros del rey de Prusia.

Desposóse con D. Pedro el 18 de mayo de 1858.

Añadiremos á esta noticia los pormenores siguientes acerca de la muerte de esta jóven princesa.

La enfermedad de la reina de Portugal se declaró el 11 de julio en cuyo dia S. M. habia acompañado al rey á Vendas Novas para asistir á la prueba de un nuevo cañon rayado. El calor era intolerable y apenas habia en aquella arenosa playa una pequeña sombra donde ponerse á cubierto de los rayos abrasadores del sol. Algunos instantes despues de su regreso á palacio la reina se quejó de una indisposicion que fué al principio atribuida á los efectos de una ligera insolacion, pero pronto se vió que presentaba los caracteres de una angina.

Los médicos Gomez y el baron da Silva prodigaron á la augusta enferma los mas prontos y eficaces remedios, pero á pesar de esto el 16 se presentaron sintomas de un carácter muy alarmante. Se llamó tambien, aunque tarde, al doctor Simas, de la Misericordia, que goza de gran reputacion para el tratamiento de las anginas. Al anochecer se esparció por los alrededores de palacio el rumor funesto de que no se podia salvar á la reina.

En vano el célebre cirujano Barbeza practicó como último recurso una operacion dolorosísima en el cuello de S. M. El mal no tenia remedio, y la desgraciada princesa espiró á las ocho y algunos minutos, despues de haber recibido de su confesor M. Isley, presidente del colegio inglés, los consuelos de la religion.

El rey, sumido en el mayor dolor, asistió con toda la real familia á laagonia de la reina, cuya muerte ha sido sentida vivamente por toda la nacion portuguesa.

Por todo lo que antecede, F. GARRACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañeb, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.